

M.A.N.- EL IDEARIO DE PORTALES [1985]

“EL IDEARIO DE PORTALES”

GASTON ACUÑA MAC - LEAN



Conferencia dictada el 8 de mayo de 1985, en el salón "Araucaria" del Hotel Galerías Nacionales de Santiago, por don Gastón Acuña.

EL IDEARIO DE PORTALES

Evocamos hoy la figura de un hombre a quien la historia, incluso aquella historia escrita por sus más enconados contradictores, reconoce unánimemente como el creador del Estado chileno, del Estado "en forma", y como el forjador de los basamentos más sustantivos y más inamovibles de nuestra institucionalidad republicana; a la vez que lo reconoce como uno de los más grandes estadistas que ha dado nuestro continente; uno de los estadistas más notables por su imaginación y su originalidad creadora.

Y sin embargo, este hombre no fue un gobernante, no fue un Presidente de la República, no fue un Director Supremo, no fue siquiera un líder político movilizador de grandes masas, no fue miembro de un Triunvirato, un Directorio o una Junta de Gobierno, **fue apenas un Ministro**. Uno entre los cientos y cientos de Ministros que han pasado por esa función a lo largo de nuestra vida republicana.

Y, por añadidura, fue un Ministro que permaneció muy poco en su cargo.

En su primera gestión ministerial, duró apenas **dieciséis meses** en el gabinete.

Luego viene un interregno de cuatro años, en que se aleja de la función ministerial y que, en parte los pasa en el retiro modesto y casi completo de la vida privada.

Finalmente, su segunda gestión ministerial abarca **veintiún mes** y se cierra con su muerte.

En total, sumando ambos períodos, a los que separa ese interregno de retiro, se llegó a **treinta y siete meses** de gestión como Ministro. Es decir, peló más de tres años. Parece poco, parece casi nada.

Y no obstante, en tan breve lapso, la férrea voluntad de este hombre genial, que es don Diego Portales, cambió la faz de Chile, la faz de la República, de un modo radical, indeleble y duradero.

Tan indeleble y duradero que, a treinta años de su muerte, su creación histórica permanecía intacta, en la plenitud de su esplendor.

Tan indeleble y duradero que a casi sesenta años de su muerte, esa obra creadora, en lo que era su más fundamental esencia, se sostenía todavía en pie, puesto que sólo cayó demolida con la Revolución del 91.

Tan indeleble y duradero que aún, noventa y dos años después, la Constitución promulgada en 1833 bajo su inspiración, sobrevivía si no

en su espíritu, al menos en su vigencia formal, puesto que esa Constitución rigió nuestra república hasta 1925.

Noventa y dos años, en treinta y siete meses. Más que una hazaña parece un prodigio; parece un milagro.

¡Esta es la obra de Portales!

EL EJE DIAMANTINO DE SU PERSONALIDAD

Si hubiera que fijar en dos líneas la figura de Portales, yo diría que el eje diamantino de su personalidad, su íntima esencia, lo que explica este milagro, lo constituye su reciedumbre moral pública, la consistencia insobornable de su moral cívica. ¡Aquí recide la más fundamental de las lecciones portalianas!

La política, la gran política, la política concebida como la más noble de las tareas colectivas, descansa, como sobre una piedra angular, sobre la moral pública.

Podrá acaso operarse con el más débil e inconsistente de los sistemas políticos o modelos ideológicos, y éste funcionará, si cuenta con un respaldo de solidez moral pública en sus actores. Podrá, en cambio, operarse con el más perfecto y científico de los sistemas o modelos institucionales, con el más cuidadosamente estudiado y elaborado, y este se derrumbará, si dicho respaldo de moral pública está ausente y, sobre todo, si falta en sus actores.

Más que las instituciones, más que los sistemas, los modelos o las ideologías, lo que importa, lo fundamental, es el espíritu que las anima y que las nutre. Y ese espíritu es, por excelencia, el de una moral pública intachable. **vivida como un mandato permanente e indesertable por toda la ciudadanía.**

EL CÁNCER DE LA ANARQUIA

Pero situémonos en la época en que vivió Portales; si bien la brevedad de esta charla sólo nos permite darle un vistazo relampagueante y brevísimo.

La Patria acaba de nacer parida entre las manos de don Bernardo O'Higgins. Con la abdicación del Director Supremo, alejado del poder por la ingratitud y la incomprensión de las capas dirigentes de la época, y en parte por la fatiga que en el ánimo del Padre de la Patria provocaba esa misma incomprensión, Chile, de inmediato, siente el

cambio de riendas. Percibe la ausencia de esa mano segura, obstinada, incluso a veces tozuda, pero siempre firme de O'Higgins, y pierde el paso, se desboca y se desbarranca, para ser arrastrado a ese vórtice, a ese cáncer terrible de la anarquía que va a propagarse por toda Hispanoamérica.

En efecto, los grandes héroes de la Independencia americana, Bolívar, San Martín, O'Higgins, Sucre, van a constatar con amargura que si bien es difícil, es complejo, es muy duro lograr la independencia y la libertad, resulta muchísimo más difícil, más complejo, más duro y más incierto saber qué hacer con la libertad ya conseguida.

Inmaduras, sin preparación cívica para ello, no entrenadas para la pesadísima responsabilidad que recae ahora sobre sus hombros, las capas dirigentes criollas no saben qué hacer con la libertad que han recibido y la dilapidan, la pervierten, arrastrándola al marasmo de la guerra civil, de las contiendas de facción, del cacicazgo, el caudillaje o las tiranías más estériles.

Hombres ingenuos, cándidamente intoxicados en ideas extranjeras que apenas malamente han logrado asimilar y que, como dice don Pancho Encina, "les dan bote en el cerebro", creen tener cada uno la fórmula mágica, la panacea, la solución a todos los males que padecen las repúblicas recién nacidas, y pretenden, por lo mismo, imponerlas a troche y moche al resto de sus conciudadanos.

Al igual que en el resto de Hispanoamérica, en Chile, ausente ya O'Higgins, infimas capillas, grupúsculos, facciones, muchas veces de mero carácter personal, gestadas por rencores de bando o de familia, o por la mera ambición, se disputan el poder en una lucha ciega, tironeando de los mandatarios hacia uno y otro lado e impidiéndoles gobernar. La unidad nacional de los patriotas desaparece en el vendaval de estas rencillas. El país, empobrecido y agotado por más de diez años de guerra de la Independencia, presencia estas trifulcas palaciegas sin comprender. La atmósfera se encona.

Infimos pasquines, escritos en un lenguaje canallesco, invaden las calles de Santiago, difamando a éste o aquél del modo más infame y más soez, sin respeto por la dignidad de los cargos o de las personas, y sin decoro siquiera para las esposas, las madres o las hermanas de los personajes públicos.

El aparato administrativo se desintegra. Nadie cumple con su deber. Nadie paga sus impuestos. La caja fiscal cae en letargo; los empleados administrativos están impagos durante meses. La venalidad y la

corrupción invaden los servicios desmoralizados.

La delincuencia y el bandidaje más feroz se ceban en las ciudades y azotan los campos. Ya no es posible viajar de una ciudad a otra si no es bajo el amparo de una custodia militar, en un convoy que defienda a los transeúntes de las bandas de asaltantes y asesinos. La actividad comercial se paraliza. La producción se desarticula. No hay dinero. La miseria, la corrupción y la anarquía se extienden como un cáncer. Los motines, las asonadas, los desórdenes, las conspiraciones y revueltas son cosa de todos los días, en tanto que un Parlamento irresponsable siente por costumbre, como un precedente fatal, el que no se castigue jamás a los delincuentes políticos. Toda vez que se produce una asonada, una revuelta o un motín, lo primero que el Parlamento hace es indultar o conceder su amnistía a los culpables, a los subversivos. Hay quienes han hecho dos, tres, cuatro motines o intentonas revolucionarias y que, sin embargo, siguen circulando con descaro e impunemente por las calles, mientras preparan su quinta o su sexta revolución. Nadie respeta a la autoridad. Todos hacen escarnio y mofa de la ley.

Y mientras tanto, las capas dirigentes, desgarradas en sus facciones y capillas - pipiolos, pelucones, liberales, federalistas, ohigginistas, carrerinos, la "pandilla" - se entregan a un juego iluso y frívolo de Constituciones, Congresos y elecciones. Las Constituciones son flor de un día. Los Congresos nacen y se disuelven en medio del más escandaloso fraude electoral. Los Directores Supremos y los Presidentes suben y bajan como en una montaña rusa. Freire asume, renuncia, reasume y vuelve a renunciar. Asume Blanco, renuncia. Asume Eyzaguirre, renuncia. Asume Pinto, renuncia. El país se desbarraña inconteniblemente y afloran a la vida pública los peores elementos.

Una nación es como un vaso. Siempre, en todo, conglomerado humano, habrá un saldo de elementos deleznable, despreciable, la hez, el sarro moral. En las épocas en que predominan el orden, la disciplina, la jerarquía, la ley, ese sarro moral se deposita en el fondo del vaso que es la nación. Pero en las épocas de anarquía, cuando el vaso social de la nación se estremece y sacude, ese sarro moral aflora a la superficie e invade la vida pública, enturbiándola de corrupción y deshonestidad. Entonces, los hombres dignos, los hombres limpios, los hombres honestos y decentes, se alejan de la vida pública porque no quieren contaminarse con esas miserias y, como en un círculo vicioso, al ausentarse de ella, dejan el campo libre a los elementos más

desquiciados, más perversos y más dignos de desprecio, hasta que estos llegan a dominarlo todo y la anarquía se hace incontenible.

Dos simples pinceladas nos servirán para retratar este cuadro desolador, de decrepitud moral pública.

En un momento, el Ministro de Marina de turno es un señor Novoa, a quien el público conoce con el apodo de "Don Negocios", precisamente por su venalidad. Pues bien, en uno de los tantos periodos de apremio que pasa por esa época la Caja Fiscal, este Ministro irresponsable no encuentra otro expediente mejor para allegar recursos que **¡vender la escuadra chilena a la Argentina!**

¡Lo que ustedes oyen! Esos barcos financiados con tremendos sacrificios del pueblo chileno, de los que O'Higgins dijo que eran las cuatro tablas sobre las que descansaba la Libertad de América, fueron vendidos a una potencia limitrofe, dejando inermes, absolutamente indefensas las costas de nuestro inmenso mar. Y por cierto, la venta se hizo con una suculenta "comisión" para el Ministro.

La segunda pincelada no es menos atroz. Al disolverse el Congreso de 1828, los diputados, antes de dispersarse, se informan que restan en la Caja Fiscal unos cinco mil pesos oro, que la ley ha asignado para el pago de las pensiones y los montepios de los huérfanos y las viudas de los héroes de la Independencia. Es todo el dinero que queda en el Erario. Pues bien. ¿Qué hace este Congreso? Sus diputados acuerdan repartirse esos cinco mil pesos oro como remuneración por sus muchos desvelos, dejando al Congreso que viene el encontrar dinero con que pagar a los huérfanos y a las viudas de nuestros héroes.

¡Esta es la atmósfera de perversión moral cuando Portales entre a la vida pública!

CAMBIAR A CHILE: NECESIDAD SUPREMA

Portales no es un ideólogo, no es un político de facción, nunca se interesó antes por entrar en la política y menos en ser funcionario público. Portales estaba convencido que su vocación era el comercio. Sólo deseaba ganarse la vida honestamente en la actividad privada.

Pero, sumido en esa atmósfera que ya hemos descrito, Portales comprueba con ira y repulsión que en el Chile en que vive no existe horizonte ni porvenir para un hombre decente, un hombre honrado, y que para prosperar en esta atmósfera corrupta, hay que ser corrupto, hay que ser inescrupuloso, hay que ser irresponsable y venal. Y esta

alternativa le resulta intolerable, precisamente porque el eje diamantino de su personalidad es la rectitud moral cívica.

Le restan, entonces, dos caminos: o irse de Chile, o cambiar a Chile. Y como ama profundamente a su patria y no desea irse de Chile, como se sabe dueño de una voluntad de hierro y de una inspiración genial, **decide cambiar a Chile**, y se arroja de lleno en la lucha política. La sugestión de su personalidad crea en torno suyo un grupo de amigos, patriotas y abnegados como él, a los que se va a conocer como "los estanqueros".

ESTALLA LA CRISIS

En 1829 el país es llamado una vez más a elecciones. Se va a elegir simultáneamente Presidente y Vicepresidente de la República, a la vez que nuevos miembros del Congreso Nacional. A la Primera Magistratura postulan cuatro candidatos; pero ninguno de ellos alcanza la mayoría absoluta. De acuerdo a la Constitución vigente, corresponderá al Congreso Nacional simultáneamente electo, elegir Presidente y Vice Presidente de la República entre **las más altas mayorías**. Pero ese Congreso está dominado por los elementos más irresponsables, los más facciosos, los más aventureros y, por qué no decirlo, los más venales. Está dominado por los que se llama "la Pandilla". ¿Y qué decide? Elige como Presidente a don Antonio Pinto, que es la primera mayoría relativa, debido a que Pinto piensa que el país ya no tiene remedio, y así lo ha comprobado en su anterior gestión. Y elige como Vice Presidente de la República, para que reemplace a Pinto cuando aquél renuncie, no a la segunda mayoría relativa, ni a la tercera. **¡Elige a la cuarta mayoría relativa!** Elige a Vicuña, porque sabe que podrá administrarlo como un títere y manejarlo a su amaño.

El Congreso ha faltado, pues a su deber, a la ley y a la Constitución, atropellando sus expresas normas, al adoptar esta determinación absolutamente arbitraria y vergonzante.

Y esta es la gota de agua que colma el vaso. El general Joaquín Prieto, un hombre formado en la escuela de O'Higgins de la rectitud y del deber, que está al mando del Ejército de la Frontera, se alza en Concepción, en un pronunciamiento militar en defensa de la Constitución y de la Ley. Durante meses el país se ve envuelto en el caos de una guerra civil, hasta que las fuerzas constitucionalistas de Prieto aplastan a la subversión en las batallas de Ochagavía y Lircay.

Asume interinamente el Presidente don Tomás Ovalle, y éste llama a don Diego Portales a las carteras de Interior, Guerra, Marina y Relaciones Exteriores. Es decir, le entrega el control virtual de todo el gabinete a este cuádruple ministro.

EL GRAN CAMBIO

En los breves dieciseis meses de gestión ministerial de Portales que van a seguir, el país cambia de un modo pasmoso, de un modo que ha dejado estupefactos a los historiadores.

Un solo hecho bastará para ilustrar la magnitud, la profundidad y el contenido de este cambio.

Recordemos que en 1828, al disolverse el Congreso de ese año, se enteró que restaban sólo cinco mil pesos oro en la Caja Fiscal, y que no tuvo empacho en dilapidarlos, arrebatándoselos a las viudas y huérfanos de las campañas de la Independencia. Pues bien, apenas diez años después, muerto ya Portales, y tras el término de la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, el Ministro de Hacienda de la época, al rendir cuenta al Congreso del Ejercicio financiero de ese año, dice más o menos lo siguiente: "Señores Senadores y Diputados, tengo el alto honor de informar a ustedes, que Chile ha vencido en una guerra contra dos potencias limítrofes, cuyas fuerzas unidas más que lo cuadruplicaban, sin que haya sido necesario comprometer el crédito externo de nuestro país, ni solicitar el más mínimo tributo o impuesto especial a nuestros conciudadanos. Para cubrir los costos de esta guerra victoriosa **ha bastado el solo presupuesto ordinario de la nación**".

¡Tal es la magnitud del cambio! ¡Tal la disciplina, la cohesión, la eficiencia y la unidad nacional logradas en tan corto tiempo!

Chile se dio el lujo de ganar la guerra con los recursos ordinarios de su presupuesto.

LA ESENCIA DEL PENSAMIENTO PORTALIANO

Portales es un hombre sensato, pragmático, realista, despojado de toda intoxicación ideológica o teorizante; pero, cuya intuición genial cala muy hondo en la psicología del pueblo chileno, en lo que constituyen las fibras más íntimas, los resortes del alma nacional, y sabe pulsar esas fibras y tocar esos resortes para movilizar la voluntad

colectiva, mediante ideas muy simples, pero que poseen un tremendo poder de sugestión.

¿Cuales son, entonces, las idea-fuerzas de Portales? ¿Cuál es el nudo central de su pensamiento político que produce este milagro?

Trataremos de bosquejarlo muy brevemente.

Primero: LA MAJESTAD DE LA AUTORIDAD Y DE LA LEY ESTAN POR ENCIMA DE TODO. Aquellos que no la respetan, la desconocen o intentan atropellarla, han de quedar drásticamente excluidos de la vida pública. A la autoridad y a la ley no se les toca; están hechas par cumplirse y regir sin excepción ni privilegios para todos los chilenos. Su trasgresión requiere castigo.

Pero como Portales es un hombre realista, práctico, esta concepción no se queda en ideas. Se transforma de inmediato en actos.

Por eso, no bien asume el Ministerio, cuando aún suenan los últimos tiros de la guerra civil, su primera medida, su primera decisión, es una decisión amarga, dura, que al país, habituado por años a pésimas costumbres, le cuesta asimilar y comprender. Portales resuelve que todos aquellos que se levantaron en armas contra la Constitución y la ley en las batallas de Ochagavía y Lircay sean drásticamente castigados. Sus cabecillas serán desterrados de Chile; entre ellos, ni más ni menos que don Ramón Freire, ex Director Supremo y héroe de la Independencia. En cuanto a sus seguidores, por brillantes que hayan sido sus hojas anteriores de servicio, serán dados de baja del Ejército y borrados de sus filas. La medida afecta incluso a algunos oficiales extranjeros que sirvieron en las campañas de la Patria, como es el caso de Beauchef y de Rondizzoni.

En vano se mueven las presiones y las influencias para atenuar, excepcionar esta determinación, en un país pequeño, en que todo el mundo se conoce y las vinculaciones de familia y amistad son muy extensas. Nada es capaz de alterar la decisión del Ministro. Portales comprende que un castigo drástico y ejemplar para los revoltosos, es lo único que puede garantizar la paz y la estabilidad de la República.

Pero esto no le basta. Puesto que la majestad de la autoridad y de la ley están por encima de todo, piensa que el deber de cada ciudadano no puede limitarse a respetarla y obedecerla, en una actitud pasiva. Es necesario también que esté pronto a defenderla y a salir en su favor. Por tanto, crea las Milicias Cívicas. Todo ciudadano en capacidad de portar armas ha de inscribirse en ella y entrenarse, para estar listo a acudir a su sostén si la autoridad o la ley se ven amenazadas por la

subversión y la anarquía, y para acudir en apoyo de las Fuerzas Armadas si algún peligro amenaza a nuestras fronteras.

Y como es un hombre práctico y realista, él empieza por dar el ejemplo. Es el primero en formar en estas Milicias y, como un ciudadano más, los sábados y domingos, concurre al Campo de Marte para participar en sus ejercicios. Portales, pues, concibe el rol del ciudadano no como un rol pasivo, sino como eminentemente activo, participativo y responsable. El civismo es una tarea colectiva; la nación es una comunidad.

El trato a la delincuencia es igualmente drástico. Aquel delincuente que es sorprendido con las armas en la mano es fusilado en el lugar del hecho. La delincuencia y el bandidaje de los campos desaparecen como por ensalmo. En menos de dieciseis meses, el país ha comprendido que hay ahora un orden y una disciplina racional, que a la ley y a la autoridad nadie puede tocarlas, y el que lo hace es castigado sin remedio ni excepción.

EL SERVICIO AL ESTADO COMO UN HONOR

La segunda idea-fuerza portaliana podrá resumirse así: SERVIR AL ESTADO ES EL MAS ALTO HONOR A QUE PUEDE ASPIRAR UN CIUDADANO Y AL SERVICIO DEL ESTADO SOLO SE ACCEDE POR EL MERITO, LA ABNEGACION, LA VIRTUD Y EL PATRIOTISMO.

Al servicio al Estado no se va como a una prebenda o una granjería. No se va para favorecer a los amigos, a los correligionarios de partido o a los parientes. Menos aún se va para enriquecerse a costillas de los dineros fiscales o del país. Se va para servir con modestia, con sobriedad, con sacrificio, por el honor de servir a Chile.

Y esta idea portaliana va a encarnar tan profundamente en el alma del pueblo chileno que puede decirse que la mayor parte de los Presidentes de la República, los Ministros y los altos funcionarios de los grandes decenios portalianos, salieron de sus cargos, **más pobres de lo que habían entrado.**

Dos pinceladas basten para ilustrar de qué modo esta idea encarnó en el país.

Cuando a más de cuarenta años de la muerte de Portales, el Presidente don Anibal Pinto deja su magistratura, que va a ser asumida por el

Presidente recién electo, Santa María, ese ilustre Mandatario, Anibal Pinto, que ha tenido el Supremo honor de conducir los destinos de Chile en los momentos más gloriosos de su historia militar; él, que ha sido el Presidente que condujo a Chile durante el combate de Iquique, durante la toma del Morro, durante las batallas de Chorrillos y Miraflores, ha descuidado hasta tal punto sus asuntos privados en el servicio público y está tan empobrecido que, al dejar la presidencia, se ve obligado a vender su casa y sus muebles, y se va a vivir en una modesta casita que le arrienda el poeta Eusebio Lillo. Y no se va a ganar la vida con una jubilación millonaria y perseguidora, como ha ocurrido tantas veces más tarde. No, se va a ganar la vida como traductor en una imprenta.

Pero a la opinión pública de aquella época magnífica, ni a él mismo, este hecho les parece desdorado o les llama la atención. Les parece natural. Los santiaguinos no se asombran de verlo pasar todos los días, modestamente a pie, desde su casita a su trabajo. No lo consideran extraño, o injusto. Lo consideran como el reflejo de su admirable dignidad. Porque ¿de qué otro modo más y más noble podrían ser pagados sus servicios que con el maravilloso honor de haber conducido a Chile en los minutos y las páginas más gloriosas de su historia? ¡Este es el estilo portaliano! ¡Así había encarnado su concepción del servicio público como un honor!

Pero, es más. Cabe citar aún otro hecho que ilustra de modo diferente esta concepción.

A ochenta y siete años de la muerte de Portales, en 1924, al producirse la crisis institucional de ese año, la chispa que la provoca es el siguiente hecho:

El país pasa por una gravísima recesión económica; ha sido necesario decretar la moratoria de las deudas, y los empleados públicos están impagos desde hace un mes. Pero en ese momento de apreturas, el Congreso Nacional acuerda, por primera vez, otorgarse asimismo, a sus miembros, una **dieta parlamentaria**.

Así es, señores. Los miembros del parlamento chileno, hasta 1924, diputados y senadores, sirvieron por el honor de servir. No recibían dieta. Sólo percibían una modesta bonificación para sus gastos de secretaría. Es, precisamente, esa determinación de los parlamentarios, imprudente y hasta impúdica, de otorgarse una dieta, mientras el país pasa por graves penurias, lo que hace que la oficialidad joven del Ejército ocupe las galerías del Congreso y promueva lo que se conoció

como el "ruido de sables" que, días después, va a traer la caída del gobierno y el cierre del Congreso.

A tal punto permanecía aún en Chile estampada la concepción portaliana de sobriedad en el servicio público.

LA MIMESIS DEL EJEMPLO

La tercera concepción portaliana, correlato de la anterior, puede expresarse diciendo que es UNA MORAL DEL MERITO Y EL EJEMPLO.

Puesto que servir al Estado es el más alto honor a que puede aspirar un ciudadano y a él se accede por el mérito, la abnegación, la virtud y el sacrificio mientras más altos es la jerarquía o el rango de un funcionario, mientras más alta es su responsabilidad, **más grave es su deber de dar con su conducta pública y funcionaria un ejemplo de virtud moral.** No es el cargo, no es el título el que da la autoridad. **Lo que da prestancia y temor reverencial a la autoridad es el mérito, la capacidad demostrada en ello,** la abnegación y la dedicación en el servicio. Aquel funcionario, por alto que esté, que no demuestra mérito y capacidad, debe irse, debe dejar el cargo, porque no se lo merece.

Portales entiende que el dirigente, todo dirigente, ha de ser como un ejemplo, como un arquetipo, como un espejo en que el país se mire. En la medida en que así lo sea, podrá conducir a sus bases, al país unido, a los gigantescos esfuerzos, y el país lo seguirá. Si no es así, nadie le deberá respeto y obediencia. **El éxito en la conducción es sólo el éxito del mérito.**

Y esto trae consigo otro deber del dirigente: **saber rodearse bien.** Descubrir el mérito, la capacidad, la abnegación en sus mejores conciudadanos, sacarlos del anonimato y traerlos a la tarea nacional. Uno de los rasgos más geniales de la personalidad portaliana estriba, precisamente, en su conocimiento de los hombres y en su intuición penetradora para descubrir colaboradores de mérito.

Basta un solo ejemplo sobrecogedor para ilustrarlo.

Un día va Portales de visita al Instituto Nacional; porque al Ministro, práctico y sensato, le gusta ver en el terreno mismo cómo marchan las cosas. Y en la visita al Instituto le llama la atención un muchachito modesto, moreno, bajito, de mechitas tiesas, sin vinculaciones, que se paga sus estudios de leyes trabajando como inspector del Instituto.

Portales intuye al punto en ese muchachito anónimo una inteligencia brillante y una personalidad creadora. Y se lo lleva como secretario a su gabinete.

Y ese muchachito moreno, de mechas tiesas, que a los 18 años es inspector del Instituto, a los 22 años va a ser abogado y Vicerrector del Instituto. A los 26 años va a ser Rector del Instituto. A los 29 años va a ser Ministro de la Corte Suprema. A los 32 años va a ser Presidente de la Corte Suprema y a los 42 años va a ser, ni más ni menos, que **¡el Presidente de la República!**

Este muchachito se llama MANUEL MONTT y va a ser, no sólo el más grande de todos los Presidentes de los decenios portalianos, sino que va a ser el más brillante y el más creador de todos los Presidentes que han pasado por la historia de Chile.

¡Este es el estilo portaliano!

EL MANDO IMPERSONAL

La cuarta concepción portaliana es LA DESPERSONALIZACION DEL MANDO. Para Portales el mando es eminentemente impersonal. No es un pago a la vanidad, la figuración o la ambición. Nada más lejos del concepto portaliano del mando que lo que en épocas más modernas se ha conocido en el mundo como "el culto a la personalidad". Portales entiende que cuando él cruza el umbral de su despacho, la persona de Portales se queda del otro lado de la puerta. El que entra es el Ministro, un instrumento impersonal, abstracto, de la ley y de la autoridad, llamado a servir a todos los chilenos por igual, sin excepciones, que no distingue partidarios de opositores, que no distingue amigos de enemigos, que no distingue correligionarios, afectos o parientes.

¡A qué enorme distancia está este concepto portaliano, de esa frase terrible y desoladora que, hace poco más de diez años, le oímos declamar a uno de nuestros gobernantes cuando dijo menospreciativamente: "Yo no soy el Presidente de todos los chilenos. Soy el Presidente de la Unidad Popular"!

Nada ha asombrado más a los biógrafos de Portales que su absoluta indiferencia por las seducciones del poder o la figuración; su indiferencia por la "popularidad".

Y como para Portales lo que importa es el ejemplo; como hay en él una rigurosa consecuencia entre lo que piensa y lo que hace, al cumplir

dieciseis meses de gestión como Ministro, puesto que estima que ha cumplido su deber, puesto que piensa que su tarea ha terminado, Portales renuncia y se va. No piensa aferrarse a su asiento y a su pega. No le interesa. Se va. Sabe que ya no es indispensable, que hay otros hombres que pueden sustituirlo y a los que hay que dar paso para que también cumplan con su deber y con el honor de servir. Sabe que ha hecho su tarea, que la ha hecho sólida y perdurable. Se va. Vuelve a la vida privada. A lo que es su vocación.

En vano el Presidente de la República le suplica que se quede. En vano el Congreso le ofrece, incluso, la Vice Presidencia de la República. Rechaza estas sugerencias y se va. Y su último gesto es renunciar a los dos sueldos que se le adeudan en beneficio de la Caja Fiscal. Sale, pues, tanto o más pobre de lo que había llegado.

NACIONALISMO ANTES QUE NADA

Y, por último, el quinto concepto portaliano, síntesis inspiradora de todo lo anterior, es un concepto eminentemente nacionalista, que Portales condensa en una sola frase muy suya: **“No ha de sonar en el Pacífico un sólo cañonazo que no sea para saludar a la bandera de Chile”**.

Porque Portales piensa que Chile ha de ser reconocido y respetado por todas las potencias de la tierra paritariamente, como un igual. Chile no reconoce “Tutores”, imperialismos ni “hermanos mayores”, y nada puede mancillar su límpida soberanía.

Y es esta idea fundamentalísima la que en un momento lo fuerza, cuatro años más tarde, a volver al Ministerio.

En efecto, desde su retiro, Portales ha seguido con ojo vigilante el desarrollo de los acontecimientos nacionales, y su mirada de águila, que traspone los horizontes, ha visto antes que nadie brotar sombras amenazantes para la soberanía de Chile.

Recordémoslo brevemente.

LA GUERRA CONTRA LA CONFEDERACION

En la anarquía que desgarraba habitualmente a Bolivia, ha tomado el poder el Mariscal Andrés de Santa Cruz. Pero ese poder no le basta. Se inmiscuye en las luchas civiles intestinas que también desgarran al Perú, primero a través de agentes, intrigas y dinero, luego con armas

y por último, con sus ejércitos, tomando también el poder en el Perú y creando lo que se llama la Confederación Perú-Boliviana. Pero todavía está insatisfecho. En su ambición, quiere recrear el antiguo imperio de los incas y, para ello, necesita entrometerse en los asuntos de Chile y apoderarse, además, de nuestro país.

Para este efecto, tiene un expediente muy a mano. Recordemos que desterrado en Lima está don Ramón Freire, ex Director Supremo chileno. Santa Cruz le ofrece dinero, armas y un barco para que intente la insensata y desleal aventura de desestabilizar y derribar al gobierno chileno, con la ayuda de una potencia limítrofe. Freire perpetra este acto temerario y deshonroso; pero fracasa en su intento. Sin embargo, estas intrigas que se tejen desde el exterior, desde el extranjero, hacen rebrotar en Chile un clima de agitación, de sedición y de revuelta.

Es esto lo que impulsa a Portales a volver al Ministerio. Basta que su figura aparezca en la ventana de su despacho para que el país se aquiete al instante.

Portales castiga con crudeza los signos de subversión; incluso, con algunos fusilamientos. Pero, a la vez comprende que la verdadera amenaza, el peligro está en el norte. Sabe que mientras la Confederación Perú-Boliviana se mantenga, Chile no podrá dormir tranquilo y persistirán tremendos riesgos para la soberanía chilena en el Pacífico. De consiguiente, se decide a poner término a esa artificial Confederación.

A pretexto de la fracasada expedición de Freire, promovida por Santa Cruz, Portales llama al capitán Victorino Garrido, le ordena zarpar con sus buques al Perú y, sin declaración de guerra previa, capturar la flota peruana. En cumplimiento de esta orden audaz, Garrido entra sorpresivamente al Callao, se apodera de los buques peruanos y retorna con ellos cautivos a Valparaíso, trayendo en la proa de cada uno de ellos una escoba, para simbolizar que se ha barrido del mar a los enemigos de Chile.

¡Este es el estilo portaliano!

Pero Portales está convencido que todo esto no basta, que no hay que cejar hasta que la Confederación Perú-Boliviana quede disuelta y se empeña ante el Congreso y ante el Presidente para que se le dé a Santa Cruz un ultimatum y, si hace falta, se le declare la guerra.

A pesar de las vacilaciones del Congreso y de las dudas del propio Presidente, don Joaquín Prieto, se formula el ultimatum, y al no tener respuesta, se declara la guerra a la Confederación.

El país está atónito. Chile no comprende la necesidad de esta guerra que le parece una locura. Perú y Bolivia juntos cuadruplican la población chilena. Chile tiene un millón cuatrocientos mil habitantes; en tanto que Perú y Bolivia suman más de cuatro millones. Las fuerzas armadas chilenas ascienden apenas a tres mil hombres; mientras la Confederación dispone de once mil y puede duplicar esta cifra en pocos días. La Patria, tras decenios de pobreza y de inestabilidad, está gozando por fin de una incipiente era de progreso y de paz. ¿Cómo pedirle ahora tan tremendos sacrificios, a tan enormes distancias, en una guerra que parece imposible de ganar? La empresa parece un suicidio. Sólo la intuición genial de Portales vislumbra el éxito.

El coraje moral, la audacia imaginativa y la voluntad de hierro de este hombre, se imponen a pesar de todo. La guerra se inicia.

EL ASESINATO

Santa Cruz se da cuenta que ha de jugar sus últimas cartas para derribar al gobierno chileno antes que la campaña empiece. Intensifica sus esfuerzos con agentes provocadores y dinero. Cae, entonces, envuelto en la conspiración un jefe militar chileno. Es el coronel Vidaurre, comandante de la guarnición de Quillota. Vidaurre es un liberal. Está convencido que el mejor favor que le puede hacer a la República es librar a Chile de este Ministerio, a quien estima como un déspota, un tirano, un hombre cruel y feroz, un asesino.

Vidaurre se concierta con algunos oficiales e invita al Ministro a visitar sus tropas, que están prontas a partir a la expedición contra la Confederación. Pero su real propósito es apresarlos.

Portales, que como siempre gusta ver cómo marchan las cosas en el terreno, acude a la cita, llevando de regalo a Vidaurre un quepis y una espada para que los emplee en las jornadas heroicas que se van a iniciar.

Cuando las tropas desfilan ante el Ministro, forman súbitamente cuadro y lo toman preso. Vidaurre cree que Chile va a dar un suspiro de alivio. Cree que todo el país lo va a saludar como un libertador y un tiranicida. Pero el alma del país ha cambiado. Ya no es el Chile anárquico y caótico de los decenios precedentes. En Santiago, la ciudadanía acude en masa a las milicias cívicas y a los cuarteles para defender unánimemente la Constitución y la ley contra los revoltosos.

Vidaurre gira, entonces, hacia Valparaíso, pensando que tal vez en ese

puerto le vaya mejor. Pero la reacción cívica en Valparaíso es igual. La ciudadanía se agrupa en torno al almirante Blanco para defender también la Constitución y la ley. Vidaurre queda encerrado entre ambas ciudades. Se ve forzado a marchar con sus huestes contra Valparaíso, en la esperanza de que allí le vaya mejor. Las tropas avanzan llevando al Ministro prisionero en un birlocho.

En esa trágica noche de junio, cuando al amanecer suenan ya los primeros disparos de las avanzadas en las alturas del Barón, Vidaurre se reúne en consejo de guerra con sus oficiales, y decide que el mejor servicio que le pueden hacer a la República es eliminar al Ministro, fusilarlo, antes de probar suerte en un combate que sabe incierto y casi desesperado.

El capitán Florín se encarga de esta sórdida misión. Hace detener el birlocho en que Portales viaja engrillado y lo hace enfrenar un pelotón. Pero la figura pálida, fina, delgada de Portales irradia de sí tal autoridad, tal poder de sugestión, que los ocho soldados tiemblan y no se atreven a apretar el gatillo. Hasta que el sargento le arrebató su fusil a uno de los soldados y lo apunta contra el rostro del Ministro. Al sentir en la mejilla la presión del cañón del arma, Portales hace un instintivo gesto con la mano. Sale el tiro. Le arranca el dedo anular y le rompe la mandíbula. El Ministro cae al suelo sangrando y los soldados se deciden, por fin, a ultimarlos a bayonetazos.

Pero es como si el alma de Portales no quisiera desprenderse del cuerpo. Y ese cuerpo salta entre gemidos y gritos, se revuelca y se estremece, en medio de un charco de barro y de sangre, mientras los bayonetazos van y vienen: dos tiros y treinta y cinco bayonetazos, hasta que, por último, uno le parte el corazón.

Los soldados le roban la ropa y dejan desnudo el cadáver en el camino.

EL ESPLENDOR DE LA ERA PORTALIANA

Un pensador alemán ha dicho: **“El que escribe con su sangre, lo hace, porque anhela ser aprendido de memoria”**.

Portales intuyó su martirio y comprendió que su lección cívica, su legado, el pueblo chileno se lo aprendería de memoria. Permanecería indeleblemente inscrito en el alma nacional.

Tras la muerte del Ministro, Chile despierta como de un sueño. Ve, por fin, el real peligro que se cierne al norte. La guerra, hasta ese entonces impopular, se convierte en una cruzada. El ejército y la flota

chilena van a llevar esa cruzada a través de una sucesión de espléndidas victorias: Guías, Matucana, Casma, Puente de Buín, Yungay. El triunfo de las armas chilenas es total. La Confederación se disuelve. El país, bajo el envión portaliano, inicia el período más esplendente de su historia.

Se descubre Chañarcillo. Se inicia la conquista del desierto. La inmensa obra legislativa de don Andrés Bello, otra figura genial elevado a su rango por Portales, y la creación de la Universidad de Chile, van a hacer de nuestra Patria el faro de América, la proa de América, una nación maestra de naciones. Chile es un granero que abastece de trigo a California y Australia. Valparaíso es el más floreciente puerto del Pacífico. Un bosque de mástiles cubre los mares con la bandera chilena, llevando a todas las latitudes nuestros productos y el esplendor de nuestro comercio. El peso chileno, "el patacón de plata", es una moneda más preciada que el dólar, que corre como la dominante por Hong-Kong, por Shanghai, por Singapur, por Tahiti, por Hawaii.

Los primeros barcos a vapor que surcan el Pacífico son chilenos. El primer ferrocarril de Sudamérica es chileno. El primer telégrafo es chileno.

Podría estarme horas detallando y enumerando el portentoso desarrollo, el empuje colectivo, la obra creadora de esos años gigantes, que nos muestran un apogeo de la chilenidad que hoy nos resulta difícil de medir o imaginar.

Bástenos una sola reflexión. Si hay una prueba terrible que mide la cohesión, la unidad, la pujanza y el empuje vital de un pueblo, esa prueba terrible, pero irrefutable, es la guerra. Como lo han dicho Alberto Edwards y Vicuña Mackenna, la Guerra del Pacífico, la primera guerra moderna occidental, esa hazaña gigante, no sólo se ganó con la sangre y el coraje ejemplar de nuestros futres y nuestros rotos. Es también, y sobre todo, el fruto del vigor nacional extraordinario impreso por los grandes decenios portaliano. Es la secuencia lógica de esa infraestructura espiritual, moral y material de disciplina de eficiencia, de abnegación y de virtud cívica creada por Portales y conservada intacta cuarenta años tras su muerte.

Como ha dicho Alberto Edwards, es el espíritu portaliano lo que hace saltar a Prat al abordaje. Es el espíritu portaliano el que guía e ilumina a Sotomayor y a Vergara, a Adolfo Ibáñez y a Prat. Es el espíritu portaliano el que empuja a Godoy, a Santos Ossa y a Urmeneta a

conquistar el desierto. Ese espíritu el que moviliza y lleva al sacrificio a la legión de héroes de esa guerra, a Eleuterio Ramírez y a Serrano. Es ese espíritu el que inspira la magistral administración de Lynch en el Perú, durante los cuatro años de la ocupación chilena.

Pues bien, ese espíritu se condensa en las cinco concepciones portalianas que hemos examinado. Recordémoslas una vez más:

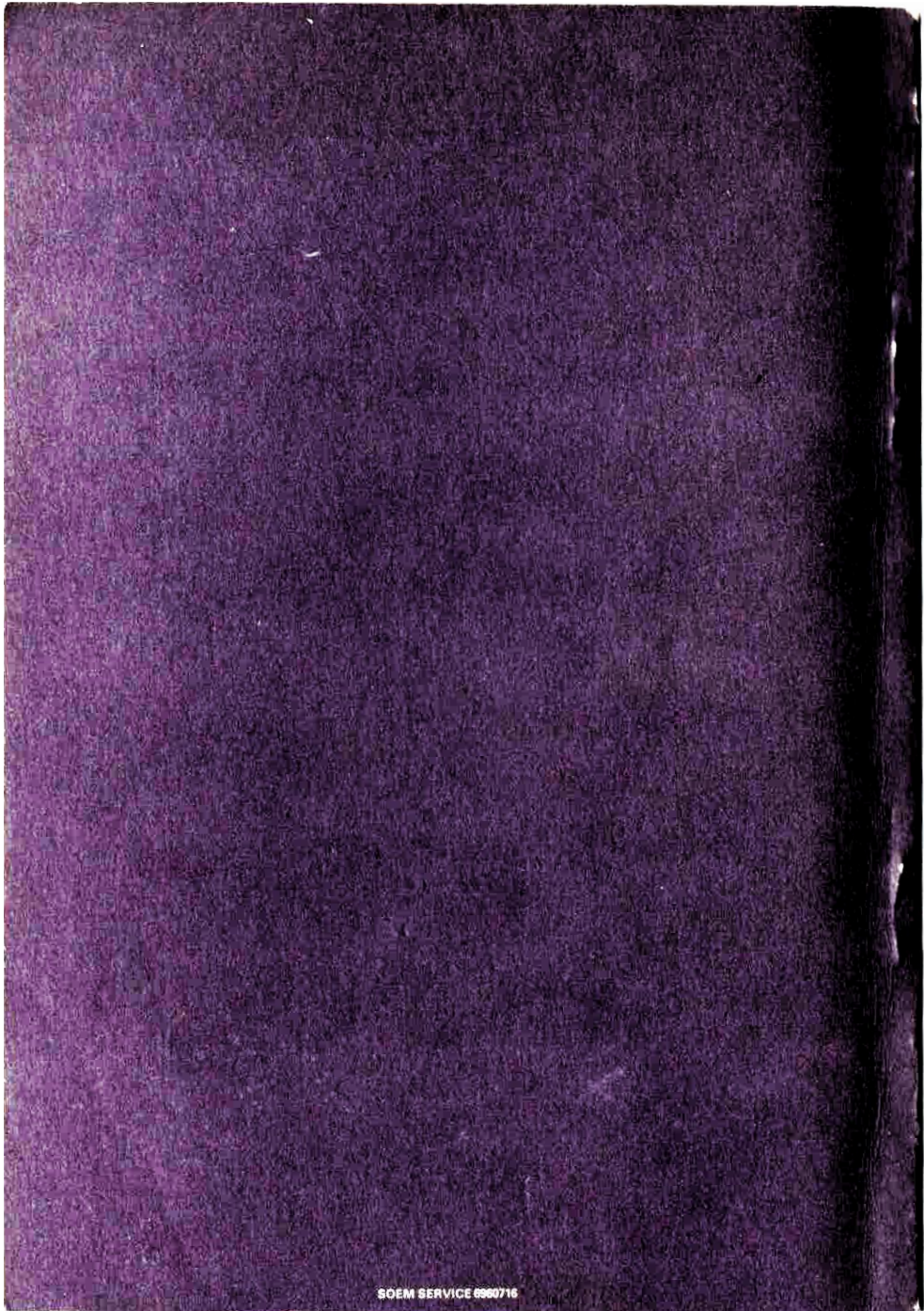
La majestad de la autoridad y de la ley está por encima de todo. El servicio al Estado es el más alto honor a que puede aspirar un ciudadano y a él sólo se accede por el mérito, la abnegación, la virtud y el patriotismo. La moral del mérito y el ejemplo ha de inspirar a todos los dirigentes. El mando es absolutamente impersonal; demanda sobriedad y desprendimiento. Y, condensando este conjunto de motivaciones cívicas, un vigoroso sentimiento nacionalista ha de ser su más esencial base.

Toda vez que Chile ha sido fiel a estas cinco ideas-fuerzas, ha vivido días de esplendor y de gloria, de grandeza, de unión, de progreso y de prosperidad.

Toda vez que las capas dirigentes han olvidado estas ideas, toda vez que las han desertado o el país, como comunidad, no ha sido su celoso custodio, exigiéndola de sus dirigentes, Chile ha vivido negros días de desunión, de desorientación, de angustias, de desaliento y decadencia.

Lo que la lección de Portales nos está diciendo –y por eso su pensamiento es tan actual, tan nuestro contemporáneo– es que **hoy, como ayer y como mañana, siempre, mientras los chilenos seamos fieles a estas ideas, Chile podrá encarar con orgullo y con éxito todos los desafíos que le plantee su destino.**

M.A.N.- EL IDEARIO DE PORTALES [1985]



SOEM SERVICE 6960716

K V K L O X . -

KUKLOX.XYZ